
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 77:

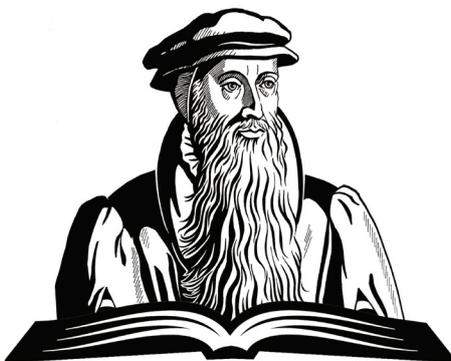
La cautividad de Judá

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 77

LA CAUTIVIDAD DE JUDÁ

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 77

En lecciones anteriores, hemos visto cuán rápido se deterioraron las naciones de Israel y Judá bajo el gobierno de un rey malvado. También hemos visto cuán lentamente se aceptaron las reformas de los buenos reyes por parte de la población en general. En la última lección, consideramos el contraste entre Acaz y su hijo Ezequías, cuán malvado era Acaz y, sorprendentemente, cuán buen rey era Ezequías.

Cuando Ezequías murió, su hijo Manasés se sentó en el trono. Manasés tuvo un inicio desastroso, pero luego sucedió algo bastante notable. Manasés no se parecía en nada a su padre: Volvió a edificar los lugares altos que su padre había destruido, hizo nuevos altares para Baal, hizo árboles sagrados, y adoró a todos los dioses bajo el cielo, excepto al Dios verdadero. Incluso construyó altares en el templo. Al igual que Acaz, practicó también el sacrificio de niños. Se dedicó a la brujería, y a la adivinación. Y por si esto no fuera suficiente, también puso un ídolo en el templo. Leemos que hizo de Judá peor que las naciones paganas que estaban a su alrededor.

El Señor habló a Manasés y al pueblo a través de profetas, pero no escucharon. ¿Qué pasará? ¿Destruirá Dios completamente a Judá por sus pecados? Podría haberlo hecho, y con toda justicia. Una vez más, vemos cuán misericordioso es Dios.

Los asirios invaden la tierra, y Manasés no puede escapar. Leemos que llevaron a Manasés entre los espinos, lo que significa que le pusieron un gancho en la nariz para llevárselo cautivo. También lo ataron con cadenas, y lo llevan a Babilonia donde fue encarcelado, donde se cree que permaneció allí por unos dos años. Manasés tuvo tiempo para reflexionar. ¿Invocará a sus muchos dioses falsos para que lo liberen? ¿Se enojará con Dios, el Dios de Israel? No, de hecho, se vuelve a Dios. Se arrepiente. Se humilla. Le suplica a Dios, y Dios lo libera milagrosamente.

Manasés es enviado de regreso a Jerusalén para gobernar nuevamente como rey. No era raro en ese tiempo que el rey conquistador enviara a sus reyes cautivos de regreso para reinar como reyes vasallos, y esto es lo que sucede con Manasés. Pero Manasés es un nuevo hombre cuando regresa. El Señor lo ha convertido, y ahora Manasés quiere hacer las cosas bien: Quita los lugares altos, los ídolos, los altares y restaura el altar de Jehová en el templo. Le ordena a Judá que adore solo a Jehová. Podemos estar seguros de que algunas personas adoraban al Señor en verdad, pero muchos siguieron con las

prácticas paganas que él mismo había fomentado al principio de su reinado. ¡Qué buena lección para nosotros es recordar cómo la influencia de las malas acciones o un mal ejemplo pueden perdurar muchos años! También es importante que recordemos que ningún pecador es demasiado grande para la misericordia de Dios. Dios puede salvar, y ha salvado al mayor de los pecadores.

Cuando Manasés muere, su hijo Amón se convierte en rey; y no es un buen rey. No hay mucha descripción acerca de él, más allá de que sacrificaba a los ídolos e hizo mucho mal. Se señala que nunca se arrepintió de su pecado, y que su reinado fue breve. Después de dos años, sus siervos conspiraron contra él, y lo mataron. Sin embargo, esto no es bien recibido por el pueblo. Ellos mataron a los siervos que habían matado a Manasés, y pusieron a su hijo Josías en el trono.

Josías era un rey joven, pero fue un buen rey. A la edad de 16 años, comenzó a buscar al Señor. Podemos creer que fue entonces cuando el Señor comenzó a obrar en su corazón para convertirlo. Josías comenzó a limpiar a Judá de la idolatría: Quitó los lugares altos y los árboles sagrados, destruye las imágenes e incluso quemó los huesos de los sacerdotes paganos. Ahora está listo para concentrarse en el templo, que necesita algunas reparaciones importantes. Se compran los materiales, y el templo que había sido descuidado e incluso arruinado por algunos de los anteriores reyes malvados, ahora está por fin restaurado.

Mientras todo esto sucede, algo interesante ocurre. El sacerdote Hilcías encuentra algo que obviamente no se ha utilizado desde hace mucho tiempo: el libro de la Ley, el equivalente a nuestra Biblia. ¿Podría imaginar no tener una Biblia durante años, y ni siquiera saber que no la tenías? Eso es, básicamente, lo que ha ocurrido. Y cuando se lee ante Josías, se rasga sus vestiduras para mostrar su remordimiento por lo que oye. ¡Él no tenía ni idea! No se había dado cuenta cuán lejos se habían apartado como nación de guardar la Ley del Señor. Él dice: «Id y consultad a Jehová por mí, y por el remanente de Israel y de Judá, acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que ha sido derramada sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra de Jehová para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro», 2 Crónicas 34:21.

El mensaje que recibe es que el Señor va a destruir a Judá a causa de sus pecados. La ira de Dios se derramará sobre ellos y nada impedirá que eso suceda. Ellos merecen este castigo y juicio. Pero, ya que Josías estaba verdaderamente humillado y arrepentido, eso no sucedería durante su vida. Se vuelve a leer el libro para que todo el pueblo sepa lo que contiene. Josías hace un pacto de que todos andarán en el camino del Señor, y guardarán Sus mandamientos. También vuelven a celebrar la Pascua, y esta vez es la más grande de todas, tanto que ningún rey anterior había celebrado una fiesta tan grande como ésta.

Ha pasado un tiempo, —muchos piensan que unos trece años— y Josías se entera de que el faraón Neco ha salido de Egipto con un ejército. Josías sale de Jerusalén para encontrarse con él, tal vez, para ver cuáles son sus intenciones. Pero el Faraón envía mensajeros para decirle que no va tras de Judá ni de Josías, sino que está de camino para luchar contra el rey de Asiria; y afirma que Dios le ha dicho que se apresure a hacer esto, para que Josías no se interponga en su camino ni se entrometa con él, no sea que Dios lo destruya. Josías no lo escucha por alguna razón, y viene a él con la intención de luchar. Los arqueros del ejército egipcio le disparan, y resulta herido. Lo trasladan a otro carruaje, y lo llevan de regreso a Jerusalén, donde muere. ¡Qué triste final para un rey tan prometedor!

Ahora Joacaz, el hijo de Josías, es rey, pero no se parece en nada a su padre. No tenemos los detalles, pero sabemos que era malvado, como la mayoría de sus antepasados. Su reinado sólo duró tres meses. Al faraón Neco tampoco debió haberle agradado porque lo destituyó del trono, y lo puso en prisión. Faraón pone a su hermano Eliaquim en el trono, y le cambia su nombre a Joacim, y también le exige tributo a Judá. Por eso, cada año Judá tenía que pagarle al faraón Neco para evitar ser completamente llevados por los egipcios. Por esa razón, el pueblo tuvo que pagar fuertes impuestos.

Al igual que su hermano, Joacim también fue un rey malvado. La carga que los egipcios habían impuesto sobre ellos no los hizo arrepentirse ni clamar al Señor. Nabucodonosor, el rey de Babilonia, ahora ha dominado la región. Invade Jerusalén, y permite que Joacim permanezca como rey vasallo. El templo es saqueado. Su hijo, Joaquín, es el siguiente en reinar. Después de un breve reinado de tres meses, Nabucodonosor lleva a Joaquín a Babilonia como prisionero junto con más tesoros del templo. Y hace que su hermano Sedequías sea el siguiente rey.

Sedequías era un rey malvado, completamente a merced de Nabucodonosor. Durante este tiempo, Dios todavía seguía enviando profetas al rey y al pueblo, instándolos a arrepentirse para que el cautiverio profetizado no sucediera. Los profetas habían estado diciendo esto durante siglos: «Si se arrepienten, y se vuelven al Señor, Él tendrá misericordia. Pero si continúan en su pecado, el juicio y el castigo vendrán». La gente no escucha. Sedequías no escucha. Él se rebela tontamente contra Nabucodonosor después de 9 años, y Nabucodonosor vino con su ejército, y sitió a Jerusalén. Resistieron durante casi dos años, y luego los muros fueron derribados. Jerusalén es destruida. Sedequías es capturado, sus hijos son asesinados delante de él, y luego le sacaron los ojos. El templo es completamente destruido y quemado hasta los cimientos. Miles y miles de personas son llevadas cautivas. Parece que sólo a los pobres y a los fugitivos se les permitiera quedarse para cuidar la tierra. Toda persona rica o de la nobleza es llevada prisionera. Durante 70 años, estarán cautivos en tierra extranjera por causa de su pecado. ¿Y qué pasará? ¿Abandonará Dios por completo a Su pacto y a Su pueblo? Por supuesto que no. Dios es el Dios fiel que guarda el pacto, Jehová. Dios nunca abandonará a Su pueblo, ni abandonará jamás Su propia obra.

Cuando miramos atrás en esta historia, deberíamos ser capaces de ver un paralelo entre el pueblo de Israel y Judá, y los pecadores individuales. Nosotros también descuidamos al Señor por naturaleza. También pecamos una y otra vez. También merecemos ser castigados y abandonados a nosotros mismos. Pero Dios también viene a nosotros con Su Palabra: «Arrepiéntete, y sé salvo». Por Su gracia, Dios también escoge obrar ese arrepentimiento en los corazones individuales para que sean salvos. Nunca descansamos hasta que hayamos encontrado la salvación solamente en Él.